

evitables. Del valor intensivo de la cosa no podemos juzgar entonces conforme á una regla absoluta, porque carecemos de ella: nuestra apreciacion tiene que ser por consiguiente relativa. Sin principios fijos, sin la cultura intelectual conveniente del espíritu con el estudio de maestros clásicos, todo les parecerá grande, todo extraordinario, sublime á los entendimientos mezquinos, porque todo en efecto es más grande que ellos. Sin principios, sin el conocimiento familiar de las obras maestras todo lo canonizarán por bueno, por perfecto, por eminente, por incomparable, los entendimientos estrechos; y no sin fundamento, toda vez que el pobre ideal que sacan de su caudal, se vé fácilmente vencido de las obras que miran. Y cuenta que tales defectos del juicio se refieren al grado de la belleza; que si los consideramos con relacion al sér de la belleza misma, por fuerza nos habrán de parecer mayores y de más trascendencia las falsas opiniones caleológicas. La sola nota distintiva con que todo el mundo discierne la belleza, es el deleite que produce; sobre todas las demás notas que pueden servir para eso, ya hace más de dos mil años que están discutiendo y disputando los sábios. En el Gorgias de Platon uno de los sofistas no puede contener su entusiasmo al oír de boca de Sócrates que acaso sean el deleite y la utilidad los solos elementos de la

belleza (1). ¿Quién habrá que se atreva á culpar á la muchedumbre de que á las veces se extasie tambien con una de esas dos notas, ó de que acá ó acullá llegue á tener un oscuro sentimiento de que el deleite engendrado por la belleza corre unido con la simple contemplacion de ella? Esta es la idea más comun acerca de esa excelencia; la cual idea deja ciertamente de constituir una base estensa donde estribe el juicio, cuando sirve para filosofar sobre «Estética», y probar que no falta al disertante el sentido de la belleza y del arte. Ahora bien, entre las cosas «cuyo aspecto nos deleita», están sin duda alguna las que son verdaderamente bellas, pero están como diamantes entre una muchedumbre de piedras de similor. ¿Quién habrá que careciendo de todo conocimiento sobre el valor de estas cosas no prefiera las piedras, si por ventura son mayores y más vistosas y mejor talladas que el diamante? Claro es que si aun suponiendo la conveniente cultura del juicio caleotécnico, hemos reconocido no obstante que con gran facilidad puede ser el gusto falsificado, cuando esa suposicion desaparece, el error viene á ser una especie de necesidad. Y así desnudo de principios el pseudo-gusto tiene que atribuir necesariamente á los goces del amor concupiscible un valor mucho más subido que al deleite originado de la belleza. Ante

(1) Plat. Gorg. ed Bip. vol. 4. p. 62. Steph. 475 a.

el atractivo escitante de la novedad de las representaciones, estupendas por lo extrañas é inauditas, ante la satisfaccion de la curiosidad indiscreta, ante los placeres de la vista, del oido, de la fantasia, y muy fácilmente tambien ante las cosas que causan deleite al olfato y al gusto y aun al apetito,—ante la juguetona hilaridad del chiste y jovialidad de la comedia susceptible de tan multiforme variedad, á vista de tan poderosos atractivos la belleza desaparece de ante los ojos y ni siquiera es reputada por digna de una mirada. Resultado triste pero irremediable cuando á falta de una razon cultivada en forma y apta por consiguiente para formar juicios caleológicos, el mero sentimiento del placer desempeña el papel que corresponde al gusto.

180. Tal es la solucion de la cuestion puesta al principio del penúltimo número: con lo que resulta justificado aquel consejo del otro poeta: «Si no puedes agradar á todos con tus obras y producciones, á lo ménos haz por agradar á algunos pocos, por que malo es que todos estén contentos con lo que uno hace». Dicha solucion es asimismo el comentario á la reflexion de Platon que pusimos al principio de este párrafo y la explicacion fundamental del principio que el discipulo de Platon queria poner en claro con ella. «Es muy comun», dice Platon en aquel pasaje, «el juzgar de la bondad de las obras artísticas por el placer que causan. Pero este proce-

der es contrario á la sana razon, y bajo este concepto no puede dar otro fruto sino es falsear el juicio» (1). Y así que demostró esta verdad, por via de consecuencia dijo que aun concediendo que el deleite fuese la regla que hubiera de seguirse en el discernimiento de la belleza, semejante deleite no podria ser el de un sugeto cualquiera. La mejor entre las otras musas es la que da contento á las almas mejores y de más talento, ó más bien, la que agrada á una que se aventaje á todas las demás en virtud é ingenio. Virtud, talento y valor, he aquí las dotes que ha de tener necesariamente el que juzgue de cosas tocantes al arte» (2). Esta era asimismo la mente de Aristóteles expresada en términos más generales: «La regla y medida de todas las cosas son la virtud y el que la tiene en razon de ser bueno. Lo que este entiende por gozo, ese es el gozo verdadero; y la satisfaccion que él siente, esa es la verdadera satisfaccion. No es maravilla sin embargo que muchos hallen deleitable lo que el hombre de bien juzga por damnable; pues hay entre los hombres muchas almas bajas y muchas cabezas destornilladas; y así lo que á estos tales les agrada, no ha de juzgarse por esto solo

(1) Λέγουσι γὰρ οἱ πλεῖστοι μουσικῆς ὀρθότητα εἶναι, τὴν ἰδονῆν ταῖς ψυχαῖς πορίζουσαν δόξαν. Ἀλλὰ τοῦτο μὲν οὔτε ἀνεκτὸν οὔτε ὅσιον τοπαράπαν φθέγγεσθαι· τὸ δὲ μᾶλλον εἰκόσ' ἕλκεσθαι ἡμᾶς. Plat. de leg. 1. 2. Bip. 3 pág. 64. Steph. 653. d.

(2) Platon l. c. p 71 Steph. 653. e.

de ningun modo agradable, sino es para ellos y para los que se les parecen» (1).

El valor de esta observacion es idéntico tratándose no ya de lo que agrada, sino de lo que desagrade al que juzga. Nada prueba contra el mérito de esta ó aquella produccion caleotécnica que no agrade á la multitud; porque la multitud es incapaz de apreciar lo grande, lo verdaderamente bueno, lo escelente, y siempre preferirá el cobre al oro, y á las perlas los corales de cristal con tal que brillen más ante sus ojos. Ésta es una de las razones por que «todo lo bello es difícil»; con dificultad llegá á ser discernido, y le cuesta grande esfuerzo el abrirse paso entre la multitud.

«Nada avanza la obra, nada»: claman osados. Y entre tanto la obra verdaderamente grande va poco poco madurando. Héla aquí que sale por fin á luz: nadie la mira ni la entiende en medio del confuso clamoreo; la obra bella pasa á nuestro lado acompañada modestamente de algunos pocos» (2).

En Inglaterra durante un periodo comparable cuanto al esplendor de las bellas artes al siglo de Augusto ninguna otra cosa era aplaudida sino el falso y artificioso brillo del gracejo; la sencilla grandiosidad que se hizo presente en las

(1) Arist. Nicom. 1. 10, c. 5.

(2) Feuchtersleben.

obras de Milton, ni siquiera llegó á ser percibida, y su paraíso perdido no fué estimado cosa, al paso que eran admiradas y reputadas por sublimes arranques del génio los pensamientos humorísticos de un tal Cowley, afectados y traídos de los cabellos (1).—Refiere Ciceron, que un discípulo de Antigenidas tocó en la flauta una pieza delante del pueblo; pero el pueblo no sacaba gusto ninguno de ella, ni daba señal alguna de atención á la música; con lo cual el jóven sintió caérsele el ánimo, y prosiguió tocando friamente. Entonces su maestro levantó la voz y clamó diciéndole: «Animo! Toca solo para mí y para las musas!» (2).

En vista de lo dicho ¿qué debemos pensar del axioma que dice: «Sobre gustos no hay disputa?» Que considerado bajo el aspecto púramente histórico del hecho, y como expresion de un estado ficticio, es de todo punto verdadero. En faltando ideas y principios fijos entre los que disputan, no es posible averiguar quién lleva la razon, ni hay que esperar de aquí ningun resultado favorable; y ya hemos visto que de tales ideas y principios tocantes á la belleza y al arte carecen la mayor parte de los hombres.

Por el contrario, allí donde el juicio caleotécnico y el sentimiento que el alma posée para la

(1) Blair, lec. 2.

(2) Cic. Brut. c. 50. n. 187.

belleza están cultivados por principios y amaestrados con el ejercicio, es indudable que puede darse razon del mérito ó demérito de las obras del arte por medio de razones demostrativas, como se puede probar la bondad moral de las acciones ó la verdad de los hechos históricos; y que si bien hay muchos que no pasan por semejante manera de juicio crítico, ni dan oído en la materia á ninguna manera de razon, esto prueba no cierto que sobre gustos no hay disputa, sino que no puede disputarse con los que carecen de gusto.

Permítasenos aquí una advertencia. Lo dicho últimamente se refiere al mérito ó demérito *esencial* caleotécnico de la obra artística. Si la ejecución de tal ó cuál obra es ó no verdaderamente bella; si su belleza es superior, clásica, ó solo mediana, esto bien lo puede asegurar la crítica sobre razones objetivas. Pero el caso es muy distinto cuando se trata de decidir cuál entre dos obras reputadas por clásicas merezca ser preferida: si Virgilio con su elegancia y esplendente belleza de exposicion esté á más altura que Homero con su natural sencillez y grandor: si la ternura espiritual y el interior profundo que se hechan de ver en los cuadros de un Overbek y de un Fiésola, merecen ser más admirados que la energia y la fortaleza de alma que caracterizan las creaciones de un Cornelio, de un Miguel Angel. Sobre esto sí que no hay poder disputar.

Ambos estilos de obras son bellos, son grandes, y con tal que el que prefiera ésta ó aquella, no condene el juicio de quien dé á las otras la preferencia, tiene un derecho igual al de éste para admirar una ó otra con preferencia. Toda cosa realmente bella es una imitacion de la belleza esencial, un rayo descendido de aquella purísima Luz que ningun ojo finito vió jamás entera. Ahora bien, esta plenitud de hermosura es harto grande para ser comprendida en forma limitada y circunscrita de imágen ú otro trasunto imperfecto. Y al modo que por esta razon se hace manifiesta la beldad infinita en la inmensa variedad de formas, así reina gran variedad en los ánimos que las aprehenden y gustan y se elevan por ellas hasta el sol á cuyo aspecto se oscurecen todos sus reflejos. En resolucion, Dios no ha querido darnos el medio de resolver cuál entre dichas imágenes sea la más bella; ni nosotros habemos necesidad de semejante criterio.

«Gran dicha sería para las artes», decia Quintiliano y despues ha repetido el cardenal Bona, «que sus obras fuesen juzgadas solamente de los maestros de ellas» (1). Como el poeta de Claros en la Jonia, Antimaco, leyese una vez ante

(1) Felices artes si de iis soli artifices judicarent.

gran concurso de personas una larga composicion, fruto de su ingenio, y viese que el auditorio iba desfilando poco á poco y desapareciendo de allí, menos Platon que continuaba sentado, dijo: «Seguiré no obstante leyendo, porque la autoridad de Platon vale á mis ojos más que todos los que se han ido y otros muchos más» (1). Y añade Ciceron, que cuenta esta anécdota, que tenia razon el poeta. Pero son raros los ingenios verdaderamente varoniles que tienen bastante pecho y talento para imitar el ejemplo de aquel poeta. La mayor parte ponen el fin último de sus anhelos en agradar «al público ilustrado», en ser admirados de la multitud estéticamente inspirada; y por esta misma causa siéntense poseídos de horror para con la critica «envidiosa, mezquina y pedantesca». No negamos que existe una critica intrusa muy parecida á la que recibió de Apeles una buena leccion cuando éste le dijo que haria muy bien en examinar lo primero sus títulos y someter al dominio de la critica las razones de sus juicios; pero tambien hay muchos, dice muy bien Hugo Blair, que corren en pos de fuegos fátuos, y sufren ser deslumbrados por las apariencias de una elegancia semejante á las que usan las coquetas, y confunden las flautas del dios Pan con las arpas de Eolo

(1) Legam nihil minus; Plato enim mihi unus instar est omnium millium. Cic. Brut. c. 51. n. 191.

y con la cerveza el vino. Para asegurar á sus obras una buena acogida el arte tiene que aullar con los lobos, es decir, lisongear las pasiones, tornarse en eco del interés que en el siglo priva, llevar humildemente en las manos la cola del idolo que adora bajo el nombre de «espíritu del siglo». Así bien puede estar seguro de agradar: aquí si que tiene aplicacion aquel axioma latitudinario: «Bello es todo lo que agrada». Véase pues en dónde se contiene la causa del influjo que en todos tiempos han tenido en las bellas artes el espíritu de la época y la especial y mudable fisonomia de las costumbres públicas:

«Obsequium amicos veritas odium parit.»

El artista trabaja ante todo para sus contemporáneos; y siendo esto así, ¿qué otro pensamiento puede asaltarle tan de cerca como la tentacion de quemar incienso ante los ídolos reinantes, y de componer su musa conforme á la opinion del dia en vez de presentar en sus obras la gloria de ideales sublimes para los cuales carecen de sentido la mayoría de los que forman el público?

Pero con poder todavia mayor, pues es harto raro ver paralizado su influjo, obra el espíritu del siglo en el arte por otro concepto. Ya lo dijimos en otro lugar: por más que el artista se eleve en sus creaciones sobre el nivel de sus

contemporáneos, no por eso deja de ser, como ellos, hijo de su época. Las doctrinas filosóficas y las máximas morales á que su siglo rinde vassallaje, dominarán tambien con más ó ménos fuerza el ánimo del artista; el fervor de vida católica que vivificó los años de su juventud y que le rodea por todas partes, dará á su corazon su misma fuerza y calor. La extincion de todo sentimiento moral, el indiferentismo y la frialdad religiosa del siglo, herirán de muerte ó sofocarán al ménos en su alma los gérmenes de toda grandeza, de toda bondad y hermosura. Raros son los ingenios que tienen la dicha de acabar lo que han empezado siguiendo un pensamiento propio, y de impulsar á su siglo en vez de ser arrastrados por la corriente. Toda la esencia del arte estriba en dos cosas, á saber: el gusto y los ideales; y estas dos cosas no son sino una prueba y testimonio de la vida intelectual y moral del artista, el fruto que procede de ella. Al gusto lo determinan el juicio y las inclinaciones, el conocimiento y el amor: los ideales los concibe la inteligencia, y los recibe y madura el corazon. Ahora bien; ¿cómo es posible que el fruto niegue la semilla de donde sale ni la tierra que lo cubre y sustenta? (1).

(1) La prueba más evidente de esta verdad la tenemos en la historia del arte, especialmente eligiendo un tema ó asunto notable en cuyo desempeño hayan echado el resto los artistas de todos los tiempos, y comparando los diferentes estilos usados en diferentes perio-

En las ciudades griegas no logró entrar, segun Marco Tulio (1), la torpe sensualidad y corrupcion en el arte, sino cuando á la severidad antigua sucedió la licencia del vicio. Longino, en el final de su tratado del Sublime, se queja amargamente de la depravacion moral de su época, bajo cuya influencia se hacia imposible absolutamente la grandeza y sublimidad en las obras del arte. «La codicia insaciable de bienes y deleites, enfermedad que todos padecemos, nos sujeta con cadenas de esclavos y oprime nuestro ser y nuestra vida con mano férrea: que nada hay que así contraiga y apoque el cora-

dos. Véase un ejemplo de esto en el breve escrito intitulado: «De la diferente manera como se ha concebido el ideal de la Virgen María (des Madonnen—Ideals) por los antiguos pintores alemanes é italianos. Discurso leído por el prof. Dr. H. Ulrici (Halle 1854) del cual tomamos en otra ocasion algunos pensamientos que pueden verse tambien en las «Hojas histórico-políticas», que hemos tenido á la vista. «A medida», concluye el autor del artículo citado, «á medida que el espíritu católico de la Edad Media fué acabándose más y más, oprimido bajo el peso de las tendencias é intereses mundanos, descendió tambien el arte desde las alturas del ideal hácia el fondo de la existencia meramente humana. Las Madonas de la escuela pictórica italiana á contar desde entonces» (después de Rafael) «segun el modelo del Ticiano son casi todas nobles venecianas, figuras magestuosas en que se ostenta gran riqueza de formas corpóreas y hermosura, y se echa de ver todo el esplendor propio de la vida de Venecia, figuras aristocráticas, altivas, que respiran noble orgullo. No se quedaron atrás los alemanes en este camino. Dürero pintó, movido de oculto amor, á la aguda Pirkeimerina, y su propia muger, demonio de la discordia, le servia de modelo en composiciones del género clásico antiguo; Kranach sublimó á la categoría de Madonna á la hermosa hija de un tahonero, y Rubens divinizó con el pincel á las vaquerillas de los Países Bajos.»

(1) De legibus 2. a. 15.

zon, como el amor del oro, ni que le rebaje y envilezca tanto al ánimo como la sed de gozar (1)... Allí donde los hombres comienzan á olvidarse de la virtud y á tener únicamente en estima los bienes transitorios y terrenos, por necesidad habrán de consumirse las fuerzas todas espirituales del alma y tornarse en objeto de menosprecio la generosidad y nobleza del corazón y la alta perfección de la mente. Cuando el juez es reo de cohecho, vano es esperar que falle la causa conforme á justicia, antes debe temerse que en vez de buscar la verdad consulte en este punto únicamente á su propio interés. Nuestra vida entera, nuestros pensamientos todos y todos nuestros deseos sirven á la codicia. No se piensa en otra cosa sino en hallar el medio aquí de acelerar la muerte de un rico, allí de hacer un testamento falso, pero de gran pró para el testador de hecho, más allá de procurarse alguna torpísima ganancia á costa de la pobre alma. Cuando la sociedad entera ha venido á tal manera de corrupción, ¿quedará esperanza de dar con almas verdaderamente libres, con hombres de gusto incorruptible que tengan el sentido de la verdadera grandeza y de lo verdaderamente

1) Ἡ γὰρ φιλοχρηματία, πρὸς τὴν ἅπαντες ἀπλήστως ἤδη νοσοῦμεν, καὶ ἡ φιληδονία δουλαγωγῶσι, μᾶλλον δέ, ὡς ἂν εἴποι τις, κατεβυθίζουσιν αὐτανδρῶς ἤδη τοὺς βίους φιλαργυρία μὲν νόσημα μικροποιῶν, φιληδονία δ' ἀγενέστατον.

digno de vivir en la memoria de los hombres?» (1) A la verdad dos siglos antes de ser estas palabras escritas, habia visto Horacio en ese mismo cáncer social el obstáculo insuperable en que tropieza el arte:

Grajis ingenium, Grajis dedit ore rotundo
Musa loqui, praeter laudem nullius avaris (2).
Romani pueri longis rationibus assem
Dicunt in partes centum diduceres. Dicat
Filius Albini, si de quicunq; remota est
Uncia, quid superat? poteras dixisse: Triens: Eu!
Rem poterit servare tuam. Redit uncia, quid fit?
Semis. At haec animos aerugo, et cura peculi
Cum semel imbuerit, speramus carmina fingi
Posse linenda cedro, et laevi conservanda cupresso? (3)

(1) Longin. De sublimitate sect. 44. No podemos pasar en silencio una obstrucción: de los tiempos de más corrupción y baja moral, á los que se referia Longin y antes que él Ciceron, de los siglos que próximamente precedieron y siguieron á la venida del Salvador proceden en línea recta casi todas las obras de la plástica que nos ha legado la antigüedad clásica, con especialidad las tenidas generalmente ahora por las obras maestras más acabadas, como de hecho lo son bajo el aspecto técnico. á saber: el Laocoonte, el Apolo de Belvedere, la Venus de Médicis, etc. En tales obras, reliquias de un período de universal decadencia, es donde estudia la moderna Estética su historia del arte «antiguo»; de ellas, aunque engendradas de la corrupción de las costumbres, sacan sus torcidas teorías; y despues de todo los frutos de un gusto corrompido quiere imponérselos despóticamente á las artes contemporáneas como regla y modelo, como ideal de la «belleza plástica». Semejante pretension sobre ser ridícula é impertinente supone una falta de sentido inconcebible, pues de ese modo se da la tal Estética por hija natural de aquella madre sin pundonor, que dos mil años atrás dió á luz á su impúdica hermana, por hija natural, decimos, de la podredumbre moral.

(2) Durante el periodo en que Grecia produjo cabezas de primera magnitud, aunque á la verdad ese tiempo, como observa tambien Wieland, duró muy poco.

(3) Ad Pison. v. 339.

Así ó con más vehemente estilo habrían hablado el poeta latino y el retórico griego si hubieran escrito para nuestros tiempos. El siglo en que vivimos, es absolutamente hablando el período del materialismo, de la negación sistemática de todos los principios del derecho y de la moral, el siglo de la sensualidad y del goce, de la esclavitud del espíritu y de la rehabilitación de la carne. Ya antes espusimos los caracteres del arte pseudo-bello: añadamos ahora que tal es en realidad de verdad el arte de los presentes tiempos, los cuales no pueden dar de sí otro arte diferente; ¿pero no habrá de tener fin su imperio? Durará cierto cuanto dure el predominio de las ideas modernas, es decir, la negación de las ideas, que esto es lo que significan las ideas modernas; pues es indudable que las ideas son la raíz y forman la esencia del arte verdadero.

Las bellas artes pueden contemplar con noble orgullo sus pasadas glorias; y si esto es así, como lo es, solo el que reniegue de la humanidad puede rehusarles un porvenir igualmente glorioso. A la verdad de algunos lustros á esta parte comienzan á verse señales de él; en la pintura y en el canto se manifiestan nuevamente mejor espíritu y tendencias: tiempo vendrá en que las artes todas se vean renovadas; entonces arrojarán flores y llevarán frutos como en los buenos tiempos, cuando sean cultivadas por ge-

neraciones creyentes. Sin duda alguna para llegar á este punto cediendo á tan noble reacción es todavía mucho el camino que tienen que recorrer: «Todo lo bello es difícil.» Para que en un Estado se torne y mude el gusto de suerte que sea enteramente otro, es absolutamente preciso, en sentir de Platon (1), que empiece por ser otra la ley del Estado mismo, es decir, el *espíritu de la sociedad*. La regeneración definitiva de las bellas artes depende pues esencialmente de la regeneración de la ciencia, de las costumbres, de la piedad.

«Cuando se torne en espléndida espiga la simiente del Señor y brille sobre el altar la cera para el sacrificio; cuando la esperanza se ponga de hinojos en el átrio del templo sin desmayar, y la campana vibre sonora, movida su cuerda por mano de la humildad; por último, cuando de entre el musgo endeble y de en medio de los abrojos y de debajo de las piedras surja con gallardía la fragante rosa del amor, el lirio purísimo de la moral, entonces nuevos cantares alegrarán el corazón humano haciendo su camino por toda la redondez de la tierra» (2).

(1) Ap. Cicer., de leg. 1. 2. n. 39.

(2) Redwitz («Der erste Harfenstein»).